

RESEÑAS

Sonsoles Hernández Barbosa. *Sinestesias. Arte, literatura y música en el París fin de siglo (1880-1900)*. Madrid, Abada Editores, 2013, 334 pp.

Idoia Murga Castro

Como quien se sumerge en un sueño, las páginas del libro de Sonsoles Hernández Barbosa nos transportan al bullicioso y efervescente París de finales del siglo XIX, un hervidero de propuestas donde se suceden los estímulos multisensoriales que conforman el caleidoscopio de la vida moderna. Es la ciudad del dandy, del *flanêur*, del que contempla la vida en las calles, los cafés, los teatros y los salones, del que asiste como espectador de la realidad teatralizada. Es el París en el que se entretajan los hilos del complejo entramado de la creación finisecular, un apasionante panorama de juego de espejos, una caja de resonancias en la que se diluyen las fronteras disciplinarias entre las artes. Se trata del marco de este ensayo, fruto de profundas investigaciones interdisciplinarias llevadas a cabo por su autora acerca de la idea y el uso de la sinestesia en la creación artística *fin de siècle*. Proveniente del ámbito neuropsicológico, la sinestesia –literalmente, “sensación conjunta”–, referida a la percepción de una determinada sensación por medio de un sentido distinto del que la ha estimulado, se trasladó al campo de las artes para ofrecer a pintores, literatos, compositores y dramaturgos la exploración de sus procesos de creación con cualidades y medios asociados a otros ámbitos. Así, el universo desvelado por Sonsoles Hernández nos muestra músicas que nos permiten ver colores y formas, pinturas que suenan, poemas que evocan atmósferas musicales y olfativas. Era esta quizá la primera de las dificultades a las que se debía enfrentar un estudio como este: ser capaz de arrojar luz a la complejidad de intercambios y analogías interdisciplinarias desde un análisis riguroso, sin por ello perder el carácter sugerente y poético que empapó este particular período en la historia de las ideas estéticas. Esto es superado con éxito por la autora en el primero de los muchos aciertos contenidos en el libro; es evidente su sólida formación en historia y ciencias de la música y en historia del arte, una doble perspectiva que asegura la pertinencia de su argumentación en un tema como es el de las correspondencias artísticas.

El primero de los ámbitos al que nos lleva la lectura es el que se dedica a los pilares sobre los que se sustenta la eclosión de las sinestesias a partir de 1880, centrados en la teoría de las correspondencias de Charles Baudelaire y en la de la *gesamtkunstwerk* u “obra de arte total” de Richard Wagner. Ambas constituyen las formulaciones teóricas iniciales sobre la interrelación de las artes. El compositor alemán proponía un enfoque totalizador de la obra de arte en el que los distintos lenguajes se unificaran sobre el escenario hasta ser uno solo, un universo autónomo. Para Baudelaire, esto lo convertía en el prototipo de la sinergia artística, la “tenebrosa y profunda unidad” en la que “se responden perfumes, colores y sonidos”, como escribió en su célebre soneto *Correspondances* que incluyó en su artículo dedicado a Wagner. El francés y el alemán coincidirían en las tertulias, una de las primeras actividades que

llevarían al auge del wagnerismo. En el libro se desentrañan con profundidad los nexos e influjos que esta determinante corriente logró en el París finisecular –una influencia que está siendo revisada últimamente, promovida por la celebración del bicentenario del nacimiento de Wagner en 2013–. Gérard de Nerval, Théophile Gautier y Jules Champfleury serían algunos de sus defensores tempranos, cuyas ideas poco después cristalizaron en la creación de la *Revue wagnérienne*. La publicación de Édouard Dujardin, Teodor de Wyzewa y Houston Stewart Chamberlain se acabaría convirtiendo en una plataforma de cohesión de pensadores y artistas en la línea del simbolismo y el intercambio artístico. Desde Nietzsche y sus formulaciones sobre la recuperación moderna de la tragedia griega hasta los escritos de Camille Mauclair o Joris-Karl Huysmans, la “cuestión wagneriana” se proyectaría más allá de la bisagra de los siglos XIX y XX.

La recurrente creencia en el acceso a una realidad trascendente a través de estímulos del mundo sensible no solo caló en estos años en el pensamiento de Wagner y Baudelaire y la configuración de la teoría de las correspondencias, sino que fue indisociable del desarrollo de una serie de corrientes a finales del siglo XIX que bascularon entre el ocultismo, el esoterismo, la alquimia y la medicina. A este fascinante universo de analogías y equivalencias se dedica un segundo bloque del ensayo, en el que los paraísos artificiales, la electricidad y la hipnosis fueron algunos de los instrumentos para explorar la percepción, la asociación de ideas y la interconexión de elementos entre realidades. La fundación de agrupaciones como la Société Théosophique de Helena Blavatsky o la creación de la Librairie d’Art Indépendant de Edmond Bailly y la publicación de escritos sobre sincretismo y teosofía, como *Les grands initiés* de Édouard Schuré o *Planète humaine: Jésus, Bouddha, Darwin* de Charles Dollfus indagaron esas vías de las que beberían músicos, poetas y pintores, como Claude Debussy, Ernest Chausson, Odilon Redon, Maurice Denis o Stéphane Mallarmé. Pero también estos medios sirvieron de espacios de investigación científicos, en la frontera entre la medicina, la fisiología y las pseudociencias. En este sentido, Sonsoles Hernández descubre los caminos paralelos a las artes que entonces emprendieron Louis Favre, Jules Millet, Ferdinand Suárez de Mendoza y Luis Destouches, entre otros, multiplicando el ámbito de recepción de unas mismas ideas a través de las redes del conocimiento científico, sin las cuales no podemos entender la complejidad del panorama cultural en este contexto.

La tercera parte de *Sinestésias* discurre por los tres ámbitos que, una vez entretejida la trama que rodea la creación interdisciplinaria finisecular, se consagran a la poesía, la música y las artes plásticas respectivamente. Su planteamiento nos recuerda el punto de partida del ameno y premiado ensayo de la propia autora: *Un martes en casa de Mallarmé. Redon, Debussy y Mallarmé encontrados* (Editorial Complutense, 2010), en el que las reuniones en el hogar del poeta sirven de punto de partida para analizar las teorías estéticas allí discutidas. Aquí, no obstante, estas se ahondan y matizan con las aportaciones, siempre en clave sinestésica, de otros autores: Verlaine, Rimbaud, Chausson, Denis y Moreau aparecen también en este poliedro que ofrece nuevas miradas a la creación artística autónoma, evocadora y generadora de nuevos paradigmas, como *ut pictura musica*. La argumentación de Sonsoles Hernández en esta línea resulta de enorme interés y demuestra ser de gran actualidad; entre algunas muestras y publicaciones dedicadas al período del simbolismo, valga mencionar la recuperación que encabezaron el Musée d’Orsay y el Musée de l’Orangerie cuando este último consagró una de sus exposiciones de 2012 a *Debussy, la musique et les arts*, comisariada por Guy Cogeval, Jean-Michel Nectoux y Xavier Rey.

Por último, con el epígrafe de “Escenarios de París”, la autora propone centrar la atención en la experiencia teatral finisecular a través de algunos casos de estudio que ofrecen una reflexión privilegiada acerca de la percepción del espectáculo multisensorial. Si bien se destaca la importancia del teatro simbolista, de las compañías de Paul Fort y Lugné-Poe, auténticos laboratorios para una puesta en escena renovada, se subraya con especial acierto el hito que supone el estreno del *Cantar de los cantares* por el Théâtre d’Art. En él se evidencian los presupuestos sinestésicos, introduciendo incluso el elemento olfativo en el espacio teatral –algo que no volvería a verse hasta el estreno de *Gala* en 1961, el ballet de Salvador Dalí con coreografía de Maurice Béjart para el que la casa de cosméticos Guerlain creó *ex profeso* el perfume *Nebuleuse*–. El fracaso de esta obra de Roinard en 1891 ya estaba antecediendo muchas cosas: por una parte, el escándalo apuntaba a la constante de las vanguardias históricas de provocar y atentar contra los gustos establecidos del público burgués; por otra, el encuentro sobre el escenario de todas las disciplinas artísticas en la estela del wagnerismo continuaba ensanchando los horizontes de lo escénico al filo del siglo XX. Todo ello confluiría en propuestas como los Ballets Russes, fundados por Sergei Diaghilev en 1909, en cuyo seno, tres años más tarde, se estrenó *L’après-midi d’un faune*, una obra con coreografía de Vaslav Nijinsky a partir del poema de Mallarmé, con partitura de Debussy y escenografía y figurinismo de Léon Bakst que bien sirve de eslabón entre la creación simbolista y la nueva danza. Para seguir arrojando luz sobre todo este panorama es imprescindible la lectura de este ensayo de Sonsoles Hernández Barbosa, que entronca las innovaciones vanguardistas con este replanteamiento de la naturaleza específica de las disciplinas artísticas que propone la idea de la sinestesia en el entorno de 1900. El rigor de la investigación no dificulta la sugerente evocación de esa particular atmósfera parisina, que la autora cuida con atención a los matices de los ecos y que convierten este volumen en una referencia obligada a toda persona interesada en las interrelaciones artísticas de finales del siglo XIX.